

NOTICIA DE A. M. CAMPOY

Cada noche llegaba a la tertulia del Café Lyon D'Or con puntualidad académica. Solía sentarse al lado del doctor Camino, hermano del poeta León Felipe, que alguna vez refirió siendo médico militar hubo de certificar la muerte del capitán Sánchez.

Era una tertulia animada por el impar don Pedro Mourlane Michelena, en la que Campoy solía encender la discusión literaria por cuestiones de arte o de ciertas citas de libros, porque ya entonces frecuentaba librerías de viejo, donde solía encontrar primeras ediciones codiciadas por los bibliófilos.

—Sí; el disparate urbano de Madrid fue distanciando nuestras reuniones. De los antiguos amigos unos se han muerto y otros han llegado a ministros, a consejeros de grandes empresas. Nosotros, mientras tanto, seguimos trabajando como el primer día. Así es nuestra profesión: sin pausa y con prisas. El escritor, cuando «llega» un poco, tiene que trabajar todavía más, de la mañana a la madrugada. Somos como danáides sin retiro. Nosotros no tenemos fiestas, ni vacaciones, ni tiempo que quedar rentablemente.

Campoy escribe un artículo diario desde hace veinticinco años. Algunos libros ha publicado: «Museo del Prado», «Solana», «Balzac», «Baroja», «Noticias de siempre», «Norteamérica a vista de pájaro», «Viaje por España», «Mirando alrededor». Además, centenares de monografías sobre pintores y ensayos.

—Esa labor crítica, casi especializada de arte, no acapara todo mi trabajo literario. Tengo acabado un libro que se titula «U. S. A., fábrica de religiones», y diariamente redacto un inacabable diario, en el que reflejo todo lo que vivo, y que podrá ser una curiosa historia de este tiempo, con nombres, casos concretos, muy varia información. También voy haciendo sin prisa un libro sobre el Madrid de ahora, y me entretengo en escribir unas siluetas de la gente que he conocido. Creo que, en literatura, lo que no es testimonio es plagio, y entiendo por testimonio a Proust y a Galdós, a Sartre y a Puzo.

Ahora acaba de entregar Campoy al editor un libro sobre el pintor Peinado, y trata de acabar pronto su «Diccionario crítico del arte español contemporáneo», que constará de tres o cuatro volúmenes, ilustrados, a todo color. Un censo de nombres muy amplio, de estimaciones críticas, un panorama bastante completo que abarca desde los maestros finiseculares que se mantienen vivos, hasta los nombres más recientes que Campoy ha conocido en sus visitas a las Exposiciones.

—Esta obra me da un gran trabajo, pero posiblemente era yo el único que

podía hacerla, pues mis veintitantos años de labor crítica ininterrumpida me han procurado los materiales necesarios. También ando con el proyecto de un Solana de gran empaque para el editor Giner, el que hizo mi «Museo del Prado», cuya hermosa edición mereció la Medalla Ribadeneira.

Afirma Campoy que el arte español de hoy no es ya la cosa modesta y anónima que era, sino uno de los protagonistas de cierta vida cultural, el ejemplo culto y doméstico de cierta sociedad.

—Y, naturalmente, el gran negocio que es. El arte se ha convertido en un mercado muy rentable, creo, sin duda,



A. M. Campoy

que gracias al crítico, cuyo papel es seguir siendo pobre mientras el marchante y el artista se enriquecen. El auge social de nuestro arte se debe al crítico, cuya labor constante acabó por crear un clima propicio. Pero este mismo auge del mercado le resta interés al género, para decirlo en términos mercantiles. La mayoría de los artistas, al tener tantísima demanda, se amanecan y se dedican a reiterar el cuadro que le reclaman. Hoy, el único interés de la pintura española está en los jóvenes que empiezan, a los que la falta de demanda mantienen sin mear. Ahí es donde puede haber una posibilidad de inversión para el futuro; en esos nombres que amanecen se esconde el arte español del siglo XX, pues los pintores consagrados, en su mayoría, lo que hacen es prolongar el siglo XIX.

Campoy, desde el asfalto de Madrid, sueña con poder escaparse a su casa de «Los Balcones», en Torrevieja, donde tiene una biblioteca de seis mil volúmenes, ocho o diez cañas de pescar y una perrita «pinscher».—Marino GOMEZ SANTOS.